

LA LIEBRE CURIOSA

1º, 2º, 3º

Había una vez una escuela de liebres de Pascua en un gran bosque oscuro y profundo. Todas las pequeñas liebres la visitaban todos los días y aprendían a pintar huevos de Pascua. Había en esta escuela muchas mesas pequeñas sobre las que se pintaban los huevos ayudándose de un soporte para que no pudieran romperse, pues en cualquier momento los lebratos podían comportarse salvajemente.

Solamente hubo una liebre que se negó a pintar. Se sentaba en la esquina del aula y solo observaba todo el ajetreo y el bullicio día tras día.

Nadie en la escuelita se debía sentir obligado a convertirse en liebre de Pascua, pues esa era una regla de esa escuela. Este pequeño observador lebrato afiló sus orejas en todo momento y por todos los lados para descubrir de alguna manera de dónde venían los huevos, siempre nuevos. A veces gritaba por toda la clase:

-"Hola, ¿alguien puede decirme de dónde vienen los huevos todos los días?"

Luego, pellizcaba a cada liebre por el pelaje y preguntaba con voz estridente:

-"¿Cuándo pusiste este huevo y ... dónde?"

Al maestro del lebrato no le gustó esto y se mostró visiblemente enfadado con la esperanza de que el pequeño lebrato cuestionador pronto se quedara en silencio. Cada vez que volvía a hacer preguntas, todos estaban muy ocupados, sumergiendo pinceles grandes y pequeños en coloridos tarros de pintura, girando los huevos de un lado a otro, concentrándose en pintar.

-"¿Por qué no pintas? ", preguntó una mañana un nuevo maestro a la liebre sentada en la esquina, que como siempre agudizó sus orejas, para llegar de alguna manera al "secreto" de los huevitos.

De sus padres siempre aprendió que las liebres no pueden poner huevos, pero sí lebratos diminutos muy bonitos. Por lo tanto, su curiosidad creció y pensó día y noche en cómo podría rastrear el secreto. Un día tuvo una idea.

Se había dado cuenta de que todos tenían que irse a casa a la misma hora de la tarde y nunca se les permitía volver en caso de que hubieran olvidado algo. Eso es lo que quería la dirección de la escuela. Todos los días, otra pequeña liebre de Pascua de aprendizaje

escribía las reglas con colorida tiza de liebre en una pizarra que colgaba frente a la puerta. Cuando la curiosa liebre preguntó una vez:

- "¿Por qué tenemos que irnos tan puntualmente y no quedarnos un poco más o volver? ",
el nuevo maestro liebre lo agarró por las orejas, lo levantó y lo balanceó de un lado a otro por el aire.

- "Esto es lo que les pasa a los que hacen preguntas innecesarias, porque las liebres de Pascua han estado poniendo huevos durante muchos siglos y, por lo tanto ... ¡basta!"

Ansiosos y asustados, las liebres obedientes se marcharon rápidamente y saltando a casa.

Solo el lebrato curioso no lo hizo, porque se escondió en secreto en silencio en la esquina en la que siempre se sentaba y pensaba.

Ya había oscurecido cuando la puerta se abrió crujiendo y una liebre vieja entró en la habitación con un cesto en la espalda. Colocó la canasta en el suelo y metió cuidadosamente los hermosos huevos de colores, luego se puso en cuclillas, se ató todo a la espalda y respiró hondo.

Lo que el curioso conejito llegó a ver fue tan impresionante y emocionante que también se arrastró por la puerta y saltó tras el viejo animal, pero en silencio y sin ser percibido. Durante mucho tiempo se pusieron en camino los dos a través del bosque oscuro hasta un claro. Cerca había una antigua granja con un gallinero adyacente en el que desapareció la vieja liebre con su pesada carga. Cerró cuidadosamente la puerta casi podrida y subió unos escalones por la escalera. Plagado de gran curiosidad, el lebrato se puso de pie sobre sus patas traseras afuera y miró a través de una escotilla abierta. Lo que vio allí, apenas podía creerlo.

Sus orejas, por lo demás puntiagudas, se doblaron aterrorizadas y sus alargadas patas traseras empezaron a temblar. Vio a las gallinas que dormían pacíficamente rodeadas de huevos blancos y también vio cómo la vieja mano intercambiaba estos huevos con sus coloridos huevos de Pascua que trajo.

- "Así que este es el secreto eterno de la liebre de Pascua", pensó el conejito, y se paró detrás de una gruesa viga de madera para no ser visto por la vieja liebre de Pascua cuando salía del gallinero.

- "Lo he vuelto a hacer", escuchó murmurar al anciano, que desapareció de nuevo con la nueva carga de huevos blancos en el bosque oscuro.

Como el curioso lebrato aún no sabía qué iba a pasar con los coloridos huevos, permaneció en su escondite hasta la mañana siguiente. Entonces, una curvada anciana se arrastró hacia el gallinero, abrió la puerta y recuperó de los nidos con alegría los huevos pintados de colores.

-*"¡Qué alegría para los muchos niños en nuestro país!"*, gritó en voz alta al aire de la mañana, porque nadie podía escucharla a lo largo y a lo ancho. La casa más cercana estaba muy lejos.

Este es entonces el "secreto de las liebres de Pascua".

Como siempre, la liebre curiosa volvió a la escuela de Liebres de Pascua y esta vez se sentó a sabiendas y con calma en la habitual esquina. Sonrió en silencio y cantó una canción de liebre compuesta por ella misma:

*- "Soy una liebre inteligente e incansable
porque las liebres no ponen huevos.
Ojo, ajá, ¡ji, ¡soy una liebre inteligente!"
Soy una liebre lista que no os deja en paz,
pues las liebres no ponen huevos.
Olé, olí, olá, soy una liebre lista.*

Repitió esto a menudo y con gusto, hasta que el maestro, que podía oírlo afuera, volvió a tirarle de las orejas y le prohibió cantar la canción.

Avergonzada, pero no triste, el lebrato se sentó en silencio en su esquina. Todas sus amigas liebres también empezaron a prohibirle cantar porque querían convertirse en buenas liebres de Pascua y, por lo tanto, tenían que aprender mucho.

Una mañana, la liebre curiosa se puso en el rincón y dijo con voz firme:

*- "Ya que conozco el secreto de las liebres de Pascua, ya nada me retiene en esta escuela de liebres de Pascua. Ya no quiero convertirme en una de ellas, porque prefiero buscar coneja para que ella ponga pequeños y bonitos conejos en el nido.
¡Me voy ahora y nunca volveré!"*

Asombrados, las otras liebres y el maestro vieron al conejito alejarse saltando para siempre.

Con él, el secreto de las liebres de Pascua también desapareció. Debido a que todas las demás liebres de Pascua nunca podrán saberlo. Este cuento de "la liebre de Pascua que pone huevos" se extendió por todo el mundo.

En casa, la ahora conocedora liebre contó a sus padres todo en detalle. Lo tomaron en sus brazos, lo presionaron y besaron tanto, que despeinándolo, le confirmaron nuevamente que las liebres no pueden poner huevos, sino solo lo hacen las gallinas.

-*"¿Pero por qué existen los cuentos de las liebres de Pascua?"*, Preguntó en voz baja, mirando a sus padres.

-*"¿Por qué?"*, respondió el padre, *"porque a los niños pequeños les gusta escuchar cuentos de y a los adultos les gusta contarlos"*.

Aportación de Juan Cortázar T.